

nbina
ala ó el
cios, si
e la po-
. Así le
Rosas,
bió ha-
istencia
que la
ada por
ento fu-
le aquí
osa y la
gró los
pagado
o debe
lmente
bien de
encima
sarrollo
Portugal
abusos
mpesta-
nbra de
de inte-
ente.

nforma-
lirigidas
á Fran-
o con el
ictador,
do pue-
sión de
e tal su-
imenter
humano
distinta
ha de
orque se
nado, es
Ameal,
mbre de
l escollo
cerla so-
solven-
errores y
onsabili-
te sobre

fué más
unto es
de datos
n efecto
ar el ré-
aña una
ovas del
il mismo
ue.» Na-
s legales
vamente
dad apa-
ó mues-
ido; pro-
e de las
señan la
nclucan-
ean.

o impide
seyese la
siderado
—y claro
videncia,
poder y
os y tran-
das veras
una, sino
a paz, el
oven don
estido de
e apresta
desemos
dicos sus
ecesarío é

BAZÁN.

buscada, anunciada y nunca obtenida curación del cáncer... ¿Quién puede calcular lo que lleva consigo este descubrimiento? ¿Quién adivina las consecuencias de un hecho, en la infinita cadena de los hechos futuros y posibles?

El hecho de la aparición de este específico es—según se refiere—del todo casual. El médico que lo aplica y despacha y que le ha dado su nombre, no dedicó vigiliat y sudores á encontrar la fórmula, porque se la dió hecha la naturaleza... Insisto en que no hago más que repetir lo que por ahí se dice y oye, sin salir responsable de la exactitud de tales relatos. —Véase uno, más parecido á leyenda que á historia. —Incendiada una chimenea de fábrica, goteó por sus paredes un líquido resinoso, que un médico tuvo la ocurrencia de recoger, enfrascar y ensayar como medicamento, con asombrosos resultados. —Y aquí entra lo inquietante de este descubrimiento: que la primera materia del portentoso específico ha sido obtenida mediante una combinación que tal vez no pueda reproducirse, y en ese caso, la *ricotina* —es el nombre que se da al bálsamo—sería como esos filtros que sólo se componen cada mil años, en un día dado, bajo la influencia de determinados signos astrales, ó como el famoso pez autómatas de Alberto Magno, que pedía iguales requisitos y conjunciones de estrellas...

Mientras se averigua y se depura este caso singular, nadie puede impedir que una ola de esperanza penetre en los corazones de los que ven consumirse lentamente ó arder en fiebre devoradora á un ser querido... ¡Si fuese cierto! ¡Si la tuberculosis, el monstruo pálido, se batiese en retirada! ¡Si se pudiese atajar su marcha de espectro!

El doctor que tal consiguiese—pero de verdad, con resultado seguro siquiera en el cincuenta por ciento de casos,—se haría archimillonario, se hartaría de recibir oro y, además, sería preciso elevarle un templo, como á Esculapio se lo erigieron los griegos reconocidos. Si; á la categoría de divinidad sería necesario sublimar al que tamaño beneficio dispensase á los hombres. ¿Nos resolveremos á señalar con cifras de luz la fecha del descubrimiento de la *ricotina*? ¿Será esta fecha un timbre de gloria para España? ¿O será un desencanto más, semejante al del célebre submarino, cuya valía, por enorme y estúpida que fuese, no puede compararse á la del sencillo remedio? ¿Habrá éste indicado el camino para que, si no en la actual fórmula, en otra que largas investigaciones permitan fijar, la curación de la tuberculosis sea una realidad dentro de algunos años? Porque la base de resina que tiene el medicamento hoy ensalzado, pudiera entrañar una revelación. Por algo los físicos son enviados á sanatorios situados entre pinares, y por algo el pulmón se ensancha cuando recibe el aire saturado de esos efluvios puros y vigorosos... Acaso en la resina está la salud.

Nunca se encontrará medio de evitar la muerte; pero yo entreveo como una aurora la posibilidad de combatir victoriosamente las enfermedades que atacan á la juventud. Acaso algún día, lo normal será morir viejo. La poesía habrá perdido algo, pero la existencia de la gente civilizada será más firme, tranquila, normal y dulce. No existirán las criaturas soñadoras y abrasadas en su propia llama, como las Margarita Gautier, las Cherie, las María Baskirtreff —unas fruto de la inventiva literaria, otras flores de una civilización presurosa y escéptica, con fondo de romanticismo;—no se verán, en Niza, en Cannes, en Pau y en Málaga, esos tipos delicados, tocados ya por la mano de esqueleto de la muerte, de mejillas de alabastro marchito, de ojos con cerco morado, de sienes hundidas y de labios resacos por la calentura, que sonríen dolorosamente, como si un martirio íntimo y triste les arrancase, en protesta, esa sonrisa suprema. En cambio, las lágrimas de las madres tendrán un manantial menos por donde correr, el porvenir de la juventud no será tronchado en flor y el hombre podrá fundar un hogar, sin miedo á tener que abandonarlo para emprender el camino del cementerio, que la tuberculosis rellena con horrible prodigalidad...

Se acercan los Carnavales, unos Carnavales mustios, de antemano amortecidos, sin que sea fácil adivinar por qué. Esto se diría que es algo que flota en el aire, algo que no tiene fácil explicación. Podrían este año señalarse, como causas y concausas de la desanimación que se presiente, la estancia de la corte en Sevilla y la magnificencia de los festejos que se preparan en San Sebastián, donde parece que el Casino y la población entera echan el resto para

emular á Niza—salvo el clima, que nunca se prestará á la seguridad de buen tiempo en estas épocas, pues la «bella Easo» es, como Galicia, tierra de primavera agria y lluviosa.

Dícese que los bailes del Casino, para los cuales hay presupuestos setenta mil duros, resultarán algo fantásticos por su esplendor; y no sólo la colonia extranjera y española de Biarritz se trasladará allí, á disfrutar del espectáculo, sino que de Madrid, numerosas familias que tienen casa en San Sebastián, allá se dirigen, deseosas de no perder festejos que se anuncian con aureola de tan extraordinarios lujo y ostentación. Las comparsas y cabalgatas no se quedarán atrás de los bailes, y en todo va San Sebastián á ponerle á Madrid la ceniza en la frente, según se afirma.

Si el Carnaval cayese en el mes de mayo, su decadencia (que ha llegado á ser un tópico) no se acentuaría, probablemente, al menos en muchos años. No sé si algún día desaparecerá esta clase de fiestas: hoy no llevan trazas de desaparecer, al menos en su forma algo culta, no *saturndica*. Y la misma *saturndica* todavía colea en los innumerables bailes que reúnen á lo más caracterizado de la hamponería y del vicio matritense—sucía espuma agitada, en cuyos remolinos van envueltos el dinero, la salud y la frescura de tantas mocedades...

Yo no puedo vencer un horror físico, una especie de estremecimiento del alma, al pensar en tales bailes, y en general, en todos los bailes de máscara de pago. Mi sensación de repugnancia está, lo comprendo, fuera de toda proporción con el motivo, pero es algo que no razono, y ha sido causa de que en toda mi vida no haya asistido más que á dos; al primero, para salir de la curiosidad; al segundo, por compromiso y para recibir una impresión bien triste... Acaso no sea el concepto moral que se desprende de tales bailes lo que me molesta; acaso sea, lo repito, algo que atañe al cuerpo: los olores, los ruidos, los gestos estúpidos de las caras, el aburrimiento mal escondido bajo la apariencia de placer, la ordinariéz, la insipidez del cuadro, en general. Ello es que esos bailes de careta me son profundamente antipáticos; y no ahora, en que mi edad madura explicaría todo retraimiento, sino desde mi primera juventud.

Evoco el recuerdo del primero, al que fui por saber «cómo son»—deseo universal en las muchachas. —Eran aquellos célebres, antiguos bailes de máscaras del teatro Real, que ya habían empezado á estar muy de capa caída desde la Revolución; pero que todavía conservaban bastante de su prestigio y á los cuales, realmente—no como ahora, en que el caso es por lo menos inusitado,—concurrían, velándose con el antifaz y el dominó, innumerables señoras de lo mejor de la sociedad. Conmigo iban, aquella noche, una duquesa y una marquesa, una de ellas dama de una reina, y las dos animadas y de alegre condición. ¡Qué melancólico es siempre volver la vista atrás! La duquesa ya hace largos años que ha desaparecido de entre los vivos, y la marquesa tiene nietos. —Volviendo á nuestra odisea en el baile, diré que, á poco de haber entrado en él, abriéndonos camino difícilmente, tal estaba de lleno, un (¿cómo diré?, ahora le llamaríamos un *conocido sportman*), se me acercó vivamente, ofreciéndome su brazo. Iba yo á iniciar no sé qué broma insulsa (porque para broma graciosa no poseía tela cortada), cuando mi propio interlocutor me sugirió el tema, pues comprendí que me tomaba por otra persona, y otra persona con quien tenía largas cuentas que ajustar... Al pronto, negué; pero sin duda existía, antifaz aparte, una semejanza, y el equivocado porfió en que yo no podía ser sino la esposa de cierto capitán general, etcétera... Ante tal obstinación, acabé por conformarme y seguir la broma, cuya base era una ruptura á que él no se avenía. Le hice vagas reflexiones y casi se convenció de que, en efecto, era preciso que «aquello» concluyese, como aconsejaban de consuno la razón, la conveniencia y hasta la moral... Y sin querer, hube de enterarme plenamente de lo que no me importaba un ardite...

Después, en varios sitios, tuve ocasión de volver á verles á él y á ella. Una sonrisa asomaba involuntariamente á mis labios, pensando si acaso, como en las comedias clásicas de Lope y Calderón, al enredo y quid pro quo de la careta y las máscaras se debía el que aquellos dos seres, en vez de buscarse afanosos, se evitasen y huyesen dondequiera... Y al mismo tiempo confieso que no me saltaba á la vista aquel parecido que pudo originar el error.

EMILIA PARDO BAZÁN.

BOUQUET FARNESE. VIOLET.